COMARCA

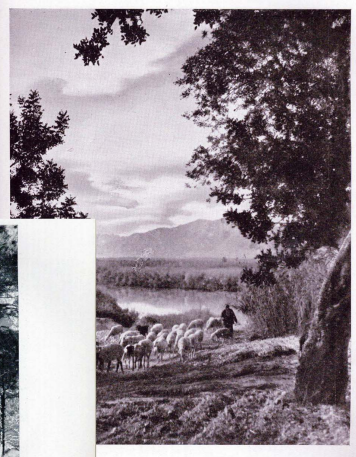
por

SALVADOR BLANCH BALAGUER

La comarca de Tortosa es de características tan peculiares, que pocas habrá que se definan tan claramente en sus límites territoriales y en el carácter y costumbres de sus habitantes. Su geografía es fuerte, dura, complicada, con sus montañas y «garriga»; y también dulce, quieta, alegre, con sus vegas y su Delta. Dado que los elementos geográficos actúan profundamente sobre el hombre, influyendo con eficacia su modo de vida y aun su mentalidad, de ahí que se dé en nuestras gentes esa complejidad de carácter en el que la dureza para el laboreo, el amor a la tradición, la viveza y la alegría, dominan sobre toda otra faceta extraña a nuestro modo de ser y de sentir.

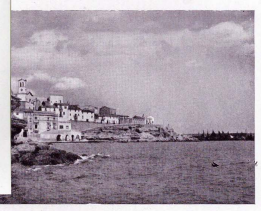
Y ahora, para amar y sentir más y mejor nuestra tierra, echemos a andar nuestro pensamiento por todos los rincones de la comarca, dentro de sus límites medievales señalados en la Carta-Puebla otorgada a Tortosa por Berenguer IV en 1149, que, trazando una cruz sobre la geografía, son: Coll de Balaguer al río Cenia y Roca Folletera al mar. Empecemos, pues, por situarnos en uno de los puntos referenciales, Coll de Balaguer, serranía hosca y desértica, en cuya falda subsisten ruinas del castillo que para defender estas tierras contra las incursiones piráticas de los moros, que las hacían objeto de sus depredaciones, lo mandó construir el Rey Don Pedro II en los inicios del siglo XIII. En él nació la Orden de San Jorge de Alfama. Al Sur queda Ametlla, marinera y blanca—unas pinceladas de cal sobre la playa—, en ese litoral luminoso y bello, con el encanto y la quietud de sus «cales». Sigamos tierra adentro. A lo lejos, Perelló, de antiguo abolengo histórico, que fué mansión viaria en los itinerarios romanos. Proseguimos hasta alcanzar la sierra de Cardó, con su altura máxima, Cruz de Santos, y su hermoso valle en declive, donde entre fuentes, bosques y riscos erizados de ermitas, pequeñas como figuritas de «pesebre», hállase el balneario que antiguamente fué convento de Padres Carmelitas, que durante siglos gozaron de la paz de Dios en este imponente desierto. Allá abajo, en lo más profundo del paisaje, el Ebro, eterno viajero que corre, ansioso, a fundirse con el mar latino. Benifallet, de clara ascendencia árabe, y Tivenys, con sus caseríos deslizándose monte abajo, viven inclinados sobre el río. Atravesémoslo por frente a otro hito comarcal: Roca Folletera. Ya en la margen derecha del viejo Ibero, marchando entre pinos, viñedos y olivos, llegamos al riachuelo Canaletas. Remontándolo, dejamos de lado Prat de Comte, con sus pinas callejas, de inclinación inverosímil. Después, Horta de San Juan, en cuyas inmediaciones existe, semiderruído, el antiguo convento de Franciscanos, lugar de nombradía porque en él estuvo aquel humilde frailecito, Salvador, que, allá por los años que en las Españas nunca se ponía el sol, llenó con la fama de sus milagros los estados del Rey Prudente. Otro río, el Algás. A su vera, Arnes, fundada en el siglo XIII, sobre las ruinas de un villorrio árabe. Enfrente se yergue esa maravillosa locura geológica, ese conglomerado de bellezas naturales que son los montes del Puerto: El Parrisal, fuentes del Matarraña, Mola de Cati, El Marturi, Gubies, Mascá, Tosal del Rey, en el que la leyenda reúne en consulta a tres Monarcas porque en él convergen los extremos de los estados de Cataluña, Valencia y Aragón. Los ojos beben con fruición tanta belleza, en esta selvatiquez impresionante. Cimas y simas se corresponden en una vertical perfecta. ¡Hala, hala, arriba! Al fin, en la cumbre máxima: Caro, trono roqueño de la Virgen de la Cinta. Desde él, la Señora derrama sus favores sobre la comarca. Visto de esta altura, el panorama es grandioso. Abajo, el paisaje parece sin relieves, achatado. Las poblaciones son manchas blancas y ocres sobre el llano aparente. A la izquierda, Aitara y Pauls, con sus hermosos rincones de Toscá y San Roque, donde el agua canta perennemente su canción gratísima. Junto al río, Cherta, riente y laboriosa; Aldover, agrícola; Jesús, con noble jerarquía conventual; Roquetas, prestigiada al albergar al Observatorio del Ebro. A la derecha, Mas de Barberans, dominante y ventoso; La Cenia, industriosa, con su río y su bello paraje de San Pedro; La Galera, Santa Bárbara y Masdenverge, llaneras, garrigosas; Godall, replegado en su montaña; Freginals, mediamero entre monte y llano; Ulldecona, de recia contextura tradicional y artística; el macizo montañoso del Montsiá, espléndido mirador sobre el Mediterráneo y antiguamente cazadero real; Alcanar, de ubérrimos campos; San Carlos de la Rápita, la malograda urbe que soñara Carlos III, pero hoy progresiva, con el atractivo de su Costa Dorada; Amposta, en constante auge humano y económico; el Delta, vasto y feraz, con sus pueblos activos, alegres. Y como centro natural, Tortosa, con su rico patrimonio histórico y material.

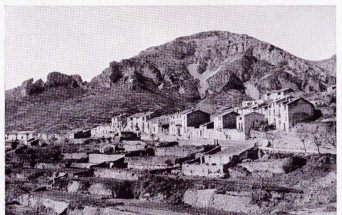
¡Admirable, querida comarca tortosina! Varia en lo geográfico y una en lo humano. ¿Lo mejor de ella? El Hombre. El hombre comarcano, temperamental, con defectos humanos, sí, pero también con virtudes sobrehumanas.











Font: biblioteca.tortosa.cat